



En un sencillo homenaje a uno de los grandes escritores puertorriqueños del siglo XX, *Diálogo* publica a continuación un conjunto de textos proveniente de estudiosos de su obra, que fueron también sus amigos. El 8 de diciembre pasado murió en México, José Luis González, el autor de «La carta», «En el fondo del caño hay un negrito», «La noche que volvimos a ser gente» y «El país de cuatro pisos», entre otras obras memorables.

José Luis González: La crítica sin territorio

Por Arcadio Díaz Quiñones

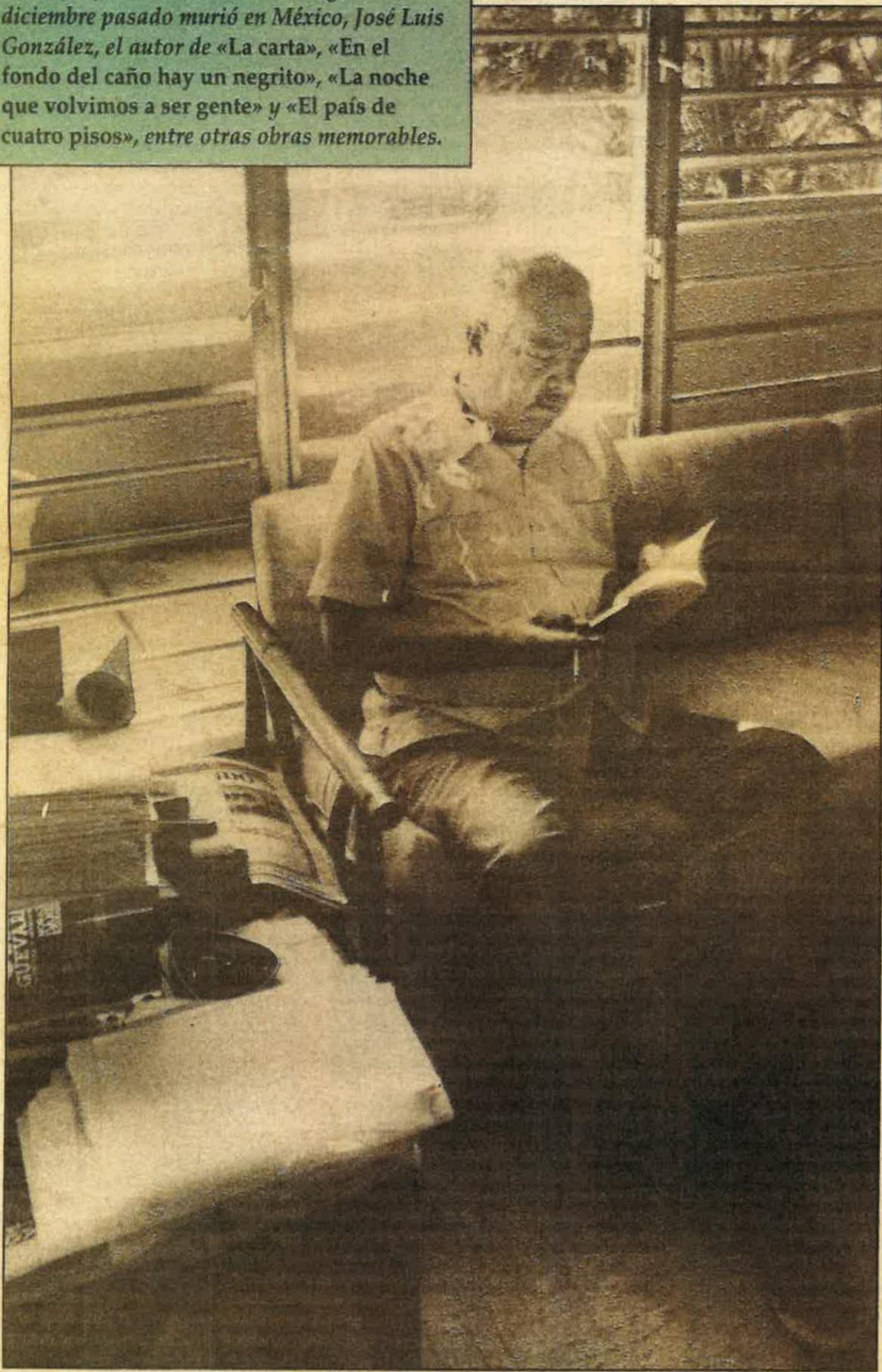
Time is precisely the impossibility of an identity fixed by a place...

Michel de Certeau, *Heterologies*

José Luis González (1926-1996) fue una figura ejemplar por su integridad intelectual. Actuó como escritor, creando imágenes y dinamizando el imaginario desde la literatura. Contribuyó con una conciencia nueva a crear otro archivo cultural y a desplazar algunos discursos heredados. Reconstituyó continuamente sus genealogías: sus últimos

textos son una considerable sucesión de memorias y testimonios en los que se redefinía. Creía firmemente que las ideas son para confrontarse y modificarse, que era preciso mantener abierta la discusión sobre las verdades del imaginario social y las mitologías culturales. Por eso, aunque se insertaba en una tradición de izquierda, despreciaba el sectarismo y el maniqueísmo. El ejemplo de González les permitió a muchos asumirse y reconocerse como intelectuales puertorriqueños. No debe extrañarnos que en los relatos irónicos y autobiográficos de *Las caricias del tigre* (1984), se haya referido con admiración a George Orwell. Pensaba sobre todo, creo, en sus diversos textos autobiográficos y en los vigorosos y conmovedores testimonios sobre la guerra civil española de Orwell, *Homage to Catalonia*, o su gran ensayo *Looking Back on the Spanish War*. Pensaba en la valentía con que Orwell, tan fiel en su compromiso moral a la República española, describía los horrores perpetrados tanto por las izquierdas como por los fascistas. Orwell sentía un gran desdén hacia la falta de honestidad intelectual, y lo manifestaba con pasión. González aspiraba a expresar con idéntica fuerza sus visiones.

Así lo hizo también el autor de *El país de cuatro pisos* (1980), y de tal manera que su presencia y las preguntas que formulaba generaban un clima de liberación intelectual. No me refiero necesariamente a los contenidos de los textos de González, algunos tan debatibles y debatidos, sino a la cualidad intelectual y moral de sus intervenciones, a la capacidad de pensar y hablar libremente sobre la cultura literaria e histórica y de sus relaciones con la política. En su relato *La llegada* (1980), por ejemplo, se enfrenta a la mitología del año 1898, con la invasión norteamericana y la guerra imperial, para abrir un margen de interrogación. En el imaginario político de la tradición independentista es un año emblemático que permite separar los héroes de los traidores. Pero González deconstruye esa imagen convirtiéndola en la «llegada». Combinando el relato histórico y documental con las técnicas y las estructuras de la escritura de ficción, proyecta un universo de fugas y contrapuntos que incluye distintas perspectivas y mucha ironía: burgueses criollos y nuevos conquistadores, un anciano ex esclavo, un carpintero de ideas socialistas, el coronel Mackintosh abrumado por las diarreas. No héroes y demonios, sino una sociedad con variados sujetos de no fácil armonización.



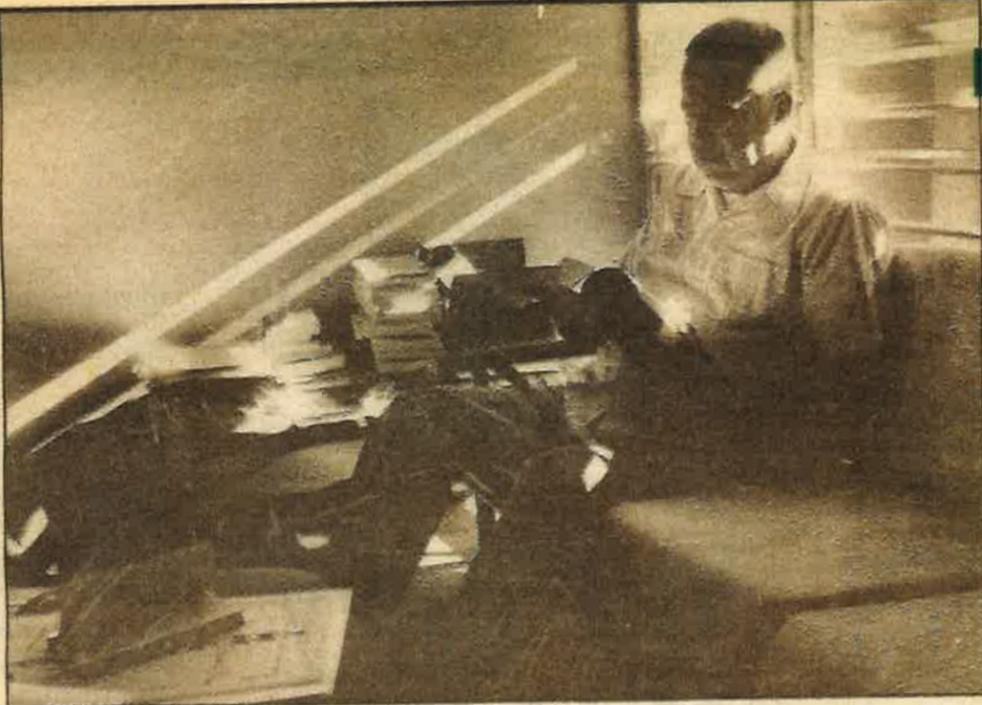
Como Nilita Vientós Gastón — otra «hereje» de nuestra ilustración insuficiente—, González demostró que se podía vivir comprometido con el proyecto de independencia política para Puerto Rico, a la vez que defendía la independencia intelectual frente a los dogmas de la cultura política que lo había formado. Podía afiliarse a una tradición, y simultáneamente distanciarse con gran ironía de sus aspectos onerosos. Su voluntad de independencia resultaba a menudo irritante.

Al mismo tiempo, González condensaba en su persona la complejidad de las identidades caribeñas, de los permanentes cruces de frontera, y de la ciudadanía en la modernidad. Reivindicó siempre la doble marca dominicana-puertorriqueña y el mestizaje de sus orígenes familiares. Convirtió esas mezclas en lugar privilegiado de su memoria. Son el centro de sus meditaciones sobre las relaciones entre raza y nación, y también de sus momentos más utópicos, como lo es su defensa de una independencia caribeña, popular y mestiza.

Todavía más: junto a Eva, su esposa checoslovaca, el escritor socialista e independentista se refugió en México, el único país que les permitió a ambos tratar de construir una nueva vida en los años oscuros y difíciles del macartismo. Allí vivía más de la mitad de su vida, lejos de las dos grandes ciudades puertorriqueñas del siglo 20 que lo habían formado, de San Juan y Nueva York, él, quien se había hecho un nombre con textos que trabajaban la contemporaneidad estricta de esas ciudades. En 1955, antes de cumplir los treinta años, González renunció a la ciudadanía norteamericana y se hizo ciudadano mexicano. Ese hecho de máxima diferenciación ponía en cuestión las fronteras de lo puertorriqueño. ¿Quedaba fuera de la ley y fuera de lugar?

¿Podría pensarse de González lo que Stuart Hall ha descrito al interpretar, con nociones de Gramsci, la situación de algunos intelectuales de izquierda en la Inglaterra de los años setenta: «Eramos intelectuales orgánicos sin ningún punto orgánico de referencia?» No sabría decir. Sin embargo, González influyó de forma decisiva en la vida de muchos. A su vuelta a Puerto Rico, en los años setenta, marcó en profundidad el debate sobre la viabilidad de la nación y del Estado puertorriqueños, y demostró que se podía escribir sobre la historia cultural para un público más amplio que el reducido de los profesionales. Desde el «afuera», escribió sobre las tradiciones nacionales con pasión y con una mezcla de agudeza crítica, fidelidad y rechazo que muy pocos podrían igualar. Ejerció una crítica lúcida y polémica, aun cuando había quedado fuera del territorio. Y así su «salida», para decirlo con los términos de Albert Hirschman, contribuyó de una manera decisiva a darles «voz» a muchos que se quedaron en otro lugar.

Su presencia en Puerto Rico estuvo vedada durante los años cincuenta y sesenta, los años del macartismo, de la derrota política de los nacionalistas puertorriqueños, de la guerra fría y de dictaduras crueles en la República Dominicana y en Cuba. En 1943, cuando tenía diecisiete años —el mismo año en que dio a conocer su primer libro de cuentos, *En la sombra*—, se había incorporado al pequeño Partido Comunista Puertorriqueño. Se afilió así a una tradición productora de un modelo de militante intelectual. Sin embargo, ya a principios de los cincuenta era evidente que el lugar que él y otros ocupaban era extremadamente precario. Esto ocurría durante el apogeo del Operation Bootstrap, la guerra de Corea y de las emigraciones masivas: tres caras de la muy real modernización populista puertorriqueña.



José Luis en la modesta habitación que ocupó en 1987, cuando vino a Puerto Rico como profesor visitante invitado por la Universidad de Puerto Rico. [fotos por Ricardo Alcaraz]

No obstante, durante esos años se produjo el llamado «milagro» económico puertorriqueño, se llevó a cabo una gran defensa de la escuela pública, y la Universidad del Estado abrió sus puertas a sectores que antes estaban excluidos. Quizás por esas mismas contradicciones se ha profundizado muy poco en los efectos que tuvo el cierre intelectual que marcó a toda una generación. Pero ese periodo representó un cierre muy eficaz, incluso de gran intolerancia, como puede ser comprobado por las excepciones —los herejes y renegados— y por la represión de las organizaciones estudiantiles. Lo cierto es que no había mucho espacio para la crítica y la organización exigidas por la vanguardia radical a la que González se afiliaba.

Con la muerte se va recortando con mayor nitidez la complejidad del diálogo con las tradiciones culturales y políticas que González hizo posible y pensable. Antes de que cristalice en un personaje irremediamente canonizado, se hará imprescindible al menos formular algunas preguntas. ¿De qué modo se transformaron la mirada y las prácticas del escritor en el exilio? ¿Cómo se produjo su inserción en los medios intelectuales mexicanos? ¿Como logró ejercer una crítica tan intensa del populismo y del nacionalismo puertorriqueños alguien como él, marcado por el macartismo y por el stalinismo, que parecía haber perdido el espacio, la legitimación y las relaciones que sostienen y apoyan un campo cultural? ¿Qué papel juega la mediación de lo nacional y la clase en sus relatos históricos y en sus interpretaciones? ¿Cómo leer sus utopías en este fin de siglo, en el contexto del colapso del mundo socialista y en medio de los nuevos debates? Las posibles respuestas tal vez nos obliguen a pensar de nuevo el lugar de sus textos y sus prácticas. Sea como sea, habrá que volver también al momento en que redefinió su ciudadanía y sus proyectos con el exilio a México en 1953, y a tratar de interpretar su significado y su alcance. ¿Quién era antes de ese exilio? ¿Qué quiso hacer con ese desplazamiento? La relectura de sus textos ofrece algunas claves importantes.

Con la publicación de los cuentos de *El hombre en la calle* (1948) González consolidaba una poética neorrealista y populista, definida por él en 1974 como una literatura sobre «el hombre que no tiene nada de extraordinario; yo no sabría qué hacer con un personaje extraordinario». Esos relatos le garantizaban ya un lugar, un campo de acción limitado, pero brillante. Un ejemplo: la recepción favorable que encontró en una crítica tan exigente como Nilita Vientós Gastón. En 1950 González publicó (por cierto, en una pequeña editorial mexicana) una novela corta sobre la emigración puertorriqueña, *País*. Su escritura y el «tono de modernidad» fueron elogiados ese mismo año por Vientós Gastón, quien destacaba que González estaba «familiarizado con la novelística norteamericana», la

«más vital e interesante de las literaturas contemporáneas». González ya tenía a principios de los años cincuenta una imagen de escritor autorizada por sus textos.

El desplazamiento a México fue una decisión política y literaria en la que se jugaba, total y sin reservas, el destino de su vida como escritor. Se trataba de una elección ética para preservar su propia autonomía. Buscaba refugio, elegía otro lugar, trataba de construir una nueva vida: todo eso intervino en la decisión. González huía de Praga, donde había presenciado la stalinización del socialismo, es decir los métodos de terror usados contra los mismos cuadros del Partido: «De eso puedo hablar con base en un conocimiento de primera mano —escribía con su característica vehemencia casi veinte años más tarde en la *Conversación con José Luis González* (1976)— porque yo vivía y trabajaba entonces,

como periodista, en Praga».

Pero huía también del clima represivo y las persecuciones que silenciaron a muchos comunistas y nacionalistas puertorriqueños en los años triunfantes de la constitución del Estado Libre Asociado (1952). El mismo lo contó —con ciertas reticencias y espacios en blanco— en los relatos de *Las caricias del tigre*: «Entonces me quedé dos años en Europa, año y medio en Praga y el otro medio en París. Regresé a Puerto Rico a mediados de 1952, pero las cosas se me complicaron de tal modo, por el clima político de la época, que a principios del año siguiente tuve que volver a refugiarme en México, y allí vivo desde entonces». Es significativo que todo eso se narre sin sentido trágico, y que de hecho en ese libro se haga explícita una poética de lo «patético» en oposición a lo trágico. González huyó de la autoconmiseración.

Siempre me ha intrigado cómo González habló de esos días en que renunciaba a la ciudadanía que le hubiera permitido regresar a Puerto Rico o a Nueva York. En sus palabras de 1974 en la Universidad Veracruzana de Xalapa, se refirió a esa decisión. Vale la pena citarlo directamente: «Estoy convencido de que fue una de las decisiones más acertadas de mi vida. El día que me despojé de la ciudadanía norteamericana, lo que sentí fue un gran alivio... yo siempre he creído que una ciudadanía implica lealtad a un país, a su historia, a sus tradiciones, y yo nunca he sentido eso en relación con los Estados Unidos. Yo soy latinoamericano de la cabeza a los pies; por eso en México me siento en casa, y por eso a México sí puedo profesarle una lealtad sin reservas».

Son declaraciones densas, que seguramente no debemos tomar como una verdad transparente, por todo lo que dejan fuera. Pero lo cierto es que México no era un refugio provisional: se hizo académico, se convirtió en un excelente traductor, entabló relaciones con un círculo de escritores que lo respetaron. Pero sobre todo, se fue construyendo un lugar habitable para articular una crítica historizadora de las mismas utopías en las que creyó. Y lo primero que hizo fue darle forma a un archivo y a una tradición puertorriqueños, profundizar sus interrogantes: el resultado fue su gran estudio *Literatura y sociedad en Puerto Rico* (1976), un libro fundacional e indispensable. Recorrió el siglo 19 para entender su propio tiempo. Cambiaba el lugar prohibido por el tiempo, por la imaginación histórica; y cambiaba su imagen de escritor. Del hombre en la calle pasaba al hombre en la historia: la memoria cultural era su nuevo campo de lucha. México le ofrecía la posibilidad de mirar de otro modo sus lugares de origen, de construir una crítica sin territorio.

El autor es Director del Programa de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Princeton.